

# El acelerador de partículas

La última vez que nos besamos  
recuerdo que pensé:  
no sé cómo contar las dimensiones  
del espacio,  
no sé medirme contra el cosmos pero intuyo,  
con esta risa íntima,  
como guiñándome a mí mismo el ojo,  
mi fértil nadería,  
mi espléndido guarismo ante una cifra kilométrica.  
Y encima de esa idea que se fugaba  
pensé también que nuestro beso ahí,  
en ese instante,  
era como un impacto de partículas  
que hubieran circulado muchos años,  
y tal vez muchos siglos,  
en el imperio de la vastedad.  
Como un átomo loco porque nada,  
como un hombre perdido porque nadie  
fijó jamás un límite a su estancia.  
La vida era girar  
en un inmenso túnel que llamamos mundo,  
en un bello circuito desdeñoso  
que no registra nuestros parpadeos,  
nuestro suspiro vespertino un miércoles  
cualquiera.  
Suelo poner las manos sobre el pasto,  
en la banqueta,  
pegado al tráfico de la ciudad,  
para decir con todo el cuerpo: aquí,  
como si deletreara  
las coordenadas de ser yo,  
como si diera pistas para que me hallaran.  
Y entonces ese beso,  
y entonces esos labios en los míos,  
en esa vuelta velocísima del mundo,  
en esa ciega circunvolución,  
llegaron,  
o llegó,  
toparon con un átomo que igual  
giraba locamente acelerado.  
Duró un instante apenas,  
una idea  
que se construye conforme se fuga.  
Eso pensé  
la última vez que nos besamos. —

POESÍA

JULIO  
TRUJILLO

37

LETRAS LIBRES  
ENERO 2014